

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 444.

MURCIA 23 DE OCTUBRE DE 1898.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Ramón Blanco Benítez,
lindo cual ángel,
tengo el gusto, señores,
de presentarles.
Este muchacho
es cortés, dádivoso,
fino y simpático.

Siete días hoy hace
que vino al mundo,
y puedo asegurarles
que sabe mucho.
En estos tiempos
cunde, hasta en los niños,
tanto el progreso.

Su nariz y su boca,
sus manos finas,
y sus ojos preciosos,
cual de odalisca,
me encantan tanto,
que de mirar á mi hijo
nunca me canso.

Llora con tal dulzura
cuando la teta
no le dan al momento
que él la desea,
que me parece
coro de sacristanes
el llanto ese.

¡Oh! Ramón sabe mucho,
tiene talento
y á ocupar llegará
muy altos puestos.
Porque en chupando,
como nuestros ministros,
él se ha callado.

Esto me enorgullece,
pues soy su padre,
y digo:—Anda hijo mío,
en siendo «grande»,
¡como tu puedas
clavar diente en tajada
te redondeas!

En fin, que mi muchacho
no tiene pero,
es bonito, simpático,
tiene talento;

como su padre...
¡y á modesto, señores,
no hay quien me gane!

RAMON BLANCO (PADRE)



MIS PRIMEROS VERSOS

Aunque soy pequeñito
tengo alma grande,
y puedo hacer mucho bien...
si me hago fraile.

Mi padre, cuando nací,
me dijo que el mundo está
muy perdido por arriba,
por delante y por detrás.

Si los que son poderosos
cometen tanta injusticia,
¡que harán, Dios mío, que harán
los pobres en esta vida!

Nací recitando versos
de Zorrilla y Espronceda;
soy literato. ¡Mal síntoma!...
nunca tendré dos pesetas.

Mi padre LA JUVENTUD
publica ya muchos años,
mas recompensas no tienen
sus tan asiduos trabajos.

La vida del periodista
no me agrada, no señor,
antes que ser periodista,
me meteré á comadrón.

RAMON BLANCO (HIJO)



¡POBRE PABLO!

Aquel día el sol amaneció nublado y el aspecto del cielo plomizo y tenebroso parecía infundir en el ánimo algo así como una pavorosa tristeza. El ronco bramido de la hinchada ola, que se estrellaba contra el muelle, hacia balancear aquella gran casa flotante que se llama barco y que es prision interina de grandes desventuras.

Al alegre son de la popular marcha de Cádiz, repitiendo con entusiasmo vivas estridentes y ensordecedores que llenaban el espacio, llegó al muelle un peloton enorme de robustos mocetones, un batallón que como muchos iba á ser diezmado sin gloria entre los peligrosos escollos de la espesa manigua.

Entre la inmensa barahunda que producía aquella masa humana apiñada y compacta, que estrechaba aquellos valientes, destacábase una figura venerable que con profunda compasión y gran entusiasmo, depositaba en las rudas manos de los soldados un pequeño recuerdo metálico que ellos agradecían regocijados. Llegó el turno á un muchacho que mustio y cabizbajo, empuñaba su fusil; á pesar del tosco uniforme de ralladillo veíase en él cierto aire de distinción y correcta finura. Acercóse á él el espléndido caballero y al fijar su mirada escudriñadora en el rostro de aquel joven retrocedió lívido, aterrorizado y de sus trémulos labios salió esta frase de admiración y espanto: ¡mi hijo! oh, sí, no hay duda... ¡y soldado!... Al escuchar estas palabras una sensación extraña, jamás sentida, agitó el corazón de Pablo, y como-vido quiso precipitarse en brazos de quien tal nombre le daba, porque en efecto, aquel rostro tenía á su memoria el lejano recuerdo del autor de sus días, ¡hacia tanto tiempo que él quiso ser olvidado! pero en aquel momento y cuando él cojía á su padre que pretendía huir, un niño de corta edad acercóse al anciano y viéndole perseguido por un soldado que le llamaba padre, exclamó lleno de inocente orgullo: ¡no, no, este no es tu papá, es mío; mi papá no tiene hijos soldados!...

Al escuchar aquella vocécita de ángel con embozos de astuta y venenosa serpiente, soltó Pablo el brazo de su padre y este como ruborizado y cual si quisiese atestiguar lo dicho por el niño, huyó entre aquel revuelto torbellino para ocultarse á su propia vergüenza.

Aquella fué la mas terrible de todas las heridas que podían inferir al noble y hermoso corazón de Pablo; el venenoso filo de tan acerado puñal llegó hasta lo mas recóndito de su alma. Anonadado por tan terrible aunque momentánea escena, entró en el buque que había de conducirle allende los mares, y buscando un apartado rincón, dejase caer aniquilado por tan triste suceso, cual si estuviere ébrio. Largo rato permaneció sumido en henda meditación, hasta que un profundo suspiro, uno de esos ayes del alma, se escapó de su oprimido pecho; con pausado movimiento llevóse la mano á un bolsillo interior de su guayabera y sacó un objeto que contempló con verdadera vehemencia cual si le prestase

algún poderoso consuelo y fuese un lenitivo á su amargura, aquello que parecía tener para él gran valor y que era su talisman querido, un tesoro inolvidable, era una sencilla fotografía, admirablemente aprovechada. Velase en ella la figura de una mujer hermosa y angelical, y en el reverso una preciosa imagen de la Virgen del Carmen, con la siguiente inscripción piadosa:

¡No le dejes, madre mía!

Con duplicada pasión contempló Pablo aquel retrato y ante la rudeza del golpe que acababa de sufrir parecía surgir mas potente y sublime que nunca la llama de su amor verdadero y profundo. Como náfrago que se aferra á la tabla de salvación estrechó el retrato contra su pecho con amoroso transporte: ¿cómo no si era la única persona que le amaba en el mundo? ¡qué multitud de tristes recuerdos torturaban su mente en aquellos momentos! cuán buena era su santa madre, si ella hubiese vivido! ¿Más de qué sirve el llanto anduco no hay esperanza? solo para acrecentar el dolor.

Cuando llegaron al campo de batalla, Pablo tenía formado su plan, ardía en deseos de conquistar gloria y méritos para ofrecer todos sus laureles á la mujer que amaba y que llenaba su vida.

Desafiando el peligro, temerario en el paroxismo de la rabia, y con la avidez de ver realizado su plan, entró en la lucha traidora y desigual, distinguiéndose heroicamente por su arrojo y valor. La victoria fué en aquella ocasión considerable, pero quién recojó el premio y los aureles?... Su héroe quedó oscurecido y el jefe que mandaba la fuerza, recibió el ascenso, y acaparó los vitorios y reclamaciones.

Aquella decepción no hizo desalentar aquel espíritu fuerte y valeroso.

Otro nuevo combate le encontró con el mismo anhelo, con la misma esperanza, pero esta vez la suerte le fué adversa; una inmensa granizada de balas, sembró entre ellos la desolación y el esterminio.

Pablo recibió como premio de sus afanes una terrible y mortal herida.

Abandonado entre el espeso matorral, nadie podía acordarse de él... ¡pero nó! un ángel de la caridad debía recoger su último suspiro!

El campo quedó desierto y solo; en algunas direcciones veíanse hermanas de la Caridad en busca de heridos. Una de ellas fijábase en todos los heridos que hallaba á su paso con imponderable afán. Por fin, llegó donde estaba Pablo, casi exánime y cubierto de sangre, arrodillase ante él y un grito de inmenso dolor se escapó de su garganta.

¡Pablo, mi pobre Pablo! le gritaba fuera

